

El *maquiavelismo* de Machiavelli. Ensayo sobre la pertinencia de la hermenéutica clásica

*Luis Antonio Velasco Guzmán**

Todo escrito político presenta, por su propia naturaleza, un grado peculiar de hermeticidad. Ante esta verdad consabida, la gran mayoría prefiere pasar por alto aquello que por necesidad debería seguirse en su actitud de lectores que pretenden estudiar éste o aquel escrito político. Si se desea comprender algún texto de este tipo, se requerirá de una hermenéutica peculiar que desentrañe las verdades que su autor prefirió ocultar.

Machiavelli, en tanto escritor-político, no escapa a la situación descrita con tanta brevedad en las líneas anteriores. El estudio que presento a continuación tiene la finalidad de evidenciar la necesidad de esa hermenéutica en el caso específico del pensamiento maquiavélico. Para llegar al “telos” que dirige a este ensayo, no encontré mejor “pretexto” que el análisis de la concepción de la historia en este pensador para presentar su peculiar concepción de la política.

I

He señalado que los escritos políticos maquiavélicos son herméticos, pero además me veo obligado a dejar en claro que el demostrarlo no es una tarea sencilla —como podrá



IZTAPALAPA 41

ENERO-JUNIO DE 1997

pp. 63-82

* Profesor de Filosofía en la ENEP Acatlán de la UNAM.

podrá verse por lo que sigue. Existe un gran número de elementos que servirían como pruebas para mostrar la hermeticidad de los textos maquiavélicos. Una de ellas puede encontrarse en la consideración de uno de los usos que en la cotidianidad se da al emplear los términos “maquiavelismo” o “maquiavélico”; su uso cotidiano, al margen de los que significan “lo perverso”, “lo diabólico” o “lo maldito”, es el de “lo cínico”, “lo mentiroso” o —hacia el que este ensayo dirigirá su atención, el de “lo oculto”. Al considerar que todo uso cotidiano es un uso que la tradición ha otorgado por consenso y práctica en el tiempo, ningún lector podría despreciar el hecho de este último uso, si no como prueba, sí aparece, al menos, como constatación de que efectivamente hay algo de hermetismo en la obra y el pensamiento de Machiavelli, a todo el que ha intentado acercarse a él.

Los elementos en que fundamento las pruebas más evidentes de la hermeticidad maquiavélica de la que hablo son, sobre todo, los siguientes: una carta privada y un título de un capítulo de los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*. Esta elección no es fortuita; antes bien, con ella se obtiene claramente la prueba que muestra la hermeticidad de la obra de Machiavelli. Con la carta privada tenemos un pequeño discurso dirigido a un contemporáneo y amigo suyo. Podemos presuponer,

por tanto, que la intención de escribir una carta privada es diferente a la que subyace a un escrito cuya finalidad es la de ser publicado, y mínimamente podríamos esperar que el escrito privado dirigido a un amigo esté escrito con la tinta de la honestidad, *i.e.*, que en éste no oculte su pensamiento, que hable con la verdad. Sin embargo, la carta de Machiavelli a su amigo Guicciardini (del 17 de mayo de 1521) nos lleva a considerar seriamente el carácter esotérico de todo cuanto escribe. La carta, llena de sarcasmo, blasfemias, sentido del humor e ironía, nos dice que:

“...desde hace algún tiempo no digo jamás lo que creo, ni creo jamás lo que digo, y si con todo me sucede decir alguna vez la verdad, la escondo entre tantas mentiras que es difícil encontrarla”.¹

Podemos interpretar este pasaje como una advertencia a todo aquél que pretenda inmiscuirse en su pensamiento público, pues comprendemos que este pasaje no es una mentira en la medida que consideramos muy poco probable que Machiavelli engañara a su propio amigo. Esa frase citada es una advertencia abierta únicamente a su amigo Guicciardini, pero ella se refiere a todo cuanto Machiavelli “dice”. Sin embargo, debemos pensar con demasiada seriedad que una manera muy propia de su “decir” no sólo se da a través de su lenguaje oral o gesticular, sino ante to-

do, podemos considerar su “decir” a través de su lenguaje escrito. Así, a continuación me serviré de su *De Principatibus* y sus *Discorsi...*, por considerarlos como paradigmas de su lenguaje escrito.

Antes de iniciar la búsqueda de pruebas capaces de mostrar que la obra maquiavélica es hermética, vale la pena señalar que nos atrevemos a realizarla porque pese a su advertencia —recién citada—, él mismo no descarta la posibilidad de que alguien encuentre la verdad que tanto oculta, pues con lo cual cierra su idea no es que “es imposible encontrar la verdad”, sino, “difícil encontrarla”. Hecha esta aclaración, pasemos al intento:

En el penúltimo capítulo del libro tercero de los *Discorsi...*, Machiavelli nos señala con su título: “Cuando se ve que el enemigo comete un gran error, debe sospecharse que intenta un ardid”. Si bien sospechamos que en este capítulo y con este título, a Machiavelli mismo podemos considerarlo como un enemigo que trama un ardid, pues ¿por qué otra razón nos daría esta clave que muy bien puede aplicarse a sus escritos (que en cierta medida son sus “obras”), si no con la intención de que nos haga sospechar de lo que dice? No encuentro otra explicación que la implícita en la retórica de la pregunta misma, y una muestra de esto lo podemos encontrar muy “a la vista” en otro capítulo de los *Discorsi*. En los capítulos XXV-XXVI del

libro primero de esta obra encontramos una de las faltas más evidentes de nuestro “enemigo”: al final del capítulo XXV nos dice que en el siguiente tratará de aquél que desea realizar el poder absoluto, poder que los autores han llamado “tiranía”, y posteriormente, resulta que en todo el desarrollo del capítulo siguiente no menciona en absoluto el término “tirano” o “tiranía”, y además en todos los momentos que se refiere a este concepto emplea el término “príncipe”, “principado” y en el título, el de “príncipe nuevo”.² ¿Qué significa esto? ¿con qué finalidad nuestro “enemigo” nos presenta una “falta tan evidente”? ¿habremos de sospechar alguna traza?...Intentaremos responder paulatinamente a estas preguntas, pero antes, debemos responder necesariamente a esta otra: ¿Acerca de qué trata el capítulo XXVI del libro primero de los *Discorsi*; sobre la tiranía o sobre el principado nuevo? Esta pregunta se puede responder a la luz del discurso del propio autor, pues en I, XXVI señala que “el príncipe nuevo debe reformarlo todo” y reformar todo significa no dejar sin tocar y colocar su propio orden y estilo a cada una de las actividades, costumbres, instituciones, etcétera, de la provincia o ciudad recién conquistada; esto, sin embargo, sólo lo puede hacer aquél que “tenga un poder absoluto”, a quien los escritores han gustado en llamar “tirano”. Por tanto, el capítulo vi-

gésimo sexto de este primer libro de los *Discorsi* trata sobre la tiranía, aunque los pensadores o escritores no antiguos —él mismo y sus contemporáneos— llamaron “principado”.

Existe una tesis muy seria³ que muestra cómo es muy probable que este capítulo XXVI sí se refiera al príncipe y a su gobierno, aunque Maquiavelo realmente lo considere con el término de “tirano”. Una de sus pruebas consiste en fijar nuestra atención en el número total de los capítulos de la obra donde precisamente trata, como punto más alto, el tema del príncipe nuevo, y la sorpresa nos golpea en seco cuando encontramos que el número total de capítulos de su *De Principatibus* es el mismo número del capítulo de los *Discorsi* donde Maquiavelo nos dice que estudiará a la forma de gobierno que los autores llaman “tiranía”. Pues bien, con esto podemos contestar a las preguntas recientemente planteadas señalando que efectivamente, con ese error tan claro debemos sospechar una treta y que ésta consiste en que consideremos como términos idénticos —en su pensamiento— al “príncipe” y al “tirano”, pero también deberíamos considerar que él ocupó esta identidad debido a que no podía emplear abiertamente el término “tirano” por razones que hasta ahora permanecen encubiertas, pero que pueden mostrar, no sin dificultad y después de un gran esfuerzo, la causa de esta identidad. To-

do esto implica, sin duda, que los *Discorsi* y el *De Principatibus* están íntimamente relacionados.

Explicar la relación que existe entre los *Discorsi* y el *De Principatibus* es una intención totalmente ajena a la nuestra en este ensayo, sin embargo, podemos señalar únicamente la relación que se da entre estas obras desde el punto de vista del objetivo de cada una de ellas, así como el examinar el grado de hermeticidad que en ambas subyace. Esta distinción orientará de manera inequívoca nuestro estudio de Machiavelli para el siguiente apartado, pues emplearemos la obra maquiavélica “menos oscura” para acercarnos a su verdad sobre la historia.

En ambas obras, Machiavelli nos dice que va a mostrar todo lo que él ha aprendido en muchos años de estudio y con una larga experiencia en los asuntos de la política.⁴ Con otras palabras, en ambas obras escribirá (hará pública) su sapiencia política. Ahora bien, la pregunta que debemos hacernos es ¿por qué nuestro autor tuvo la necesidad de escribir nuevamente lo que ya había escrito? Esta pregunta puede ser respondida haciendo caso a una de las reglas hermenéuticas planteadas por Spinoza (en el capítulo VII de su *Tratado teológico-político*), precisamente, la que indica que debe conocerse la historia (del origen) de la obra (*i.e.*, por qué vio la luz en tal época, qué orilló al

escritor a hacerla, qué suerte corrieron los libros en cuestión, a quién van dedicados, así como la que indica en qué idioma fueron escritos, etcétera). Cabe señalar que todas estas preguntas buscan una respuesta que aclara maravillosamente la razón de la necesidad de reescribir aquello que ya había escrito.

La obra primeramente presentada de entre el *De Principatibus* y los *Discorsi*, es el *De Principatibus*. Sin embargo, por lo que puede inferirse del segundo capítulo de esta obra (la primera oración), o los *Discorsi* ya estaban preparados o presentaban un gran avance, pues a ellos hace referencia de manera tácita en el *De Principatibus*; esto nos lleva a pensar que la elaboración de los *Discorsi* fue interrumpida por la de la otra obra en cuestión. Esta afirmación encuentra sus fundamentos en la historia del origen de esta obra.

Ante la situación recién mencionada, surge la pregunta de ¿por qué nuestro autor no concluyó ni presentó primero al público los *Discorsi*? ¿qué lo orilló a desatender la obra que ya había iniciado y a componer otra que, quizás, ni tenía en mente? Estas preguntas encuentran una respuesta difícilmente errónea si echamos un vistazo a la vida de Machiavelli que circunda la fecha de la presentación del *De Principatibus* a Lorenzo de Médicis, pues resulta evidente que Machiavelli deseaba cambiar su situación adversa regresando nueva-

mente a trabajar en los asuntos de su ciudad de los que había sido expulsado el 8 de noviembre de 1512⁵ con el advenimiento de los Médicis en el poder. Con otras palabras, Machiavelli interrumpe sus *Discorsi* por un opúsculo que dedicaría a un poderoso para obtener empleo.⁶

Ahora bien, teniendo clara la intención de Machiavelli al interrumpir sus *Discorsi*, o por lo menos, su intención de realizar un opúsculo sobre los principados, nos lleva a pensar si existirán diferencias reales de contenido entre estas obras tan relacionadas entre sí, respecto al encubrimiento de las verdades que Machiavelli desea mostrar no tan abiertamente. Ante esto, tenemos la siguiente pregunta: ¿existirán diferencias en la hermeticidad de cada obra? La respuesta que encontramos es definitivamente afirmativa y se puede corroborar al comprender la intención de Machiavelli al realizar las obras en cuestión. De este modo, si Machiavelli escribió el *De Principatibus* por la necesidad de mejorar su situación, aun dudando de que su obra llegue a manos del poderoso a quien la dedica (tal como se puede ver en la carta recién mencionada), es claro que intentará, si no ser agradable al poderoso, por lo menos, no serle molesto con sus palabras y sus juicios; dicho de otro modo, nosotros no pensamos que Machiavelli no sepa que para obtener lo que se desea, deba

saber pedir lo deseado, y con el *De Principatibus* es el caso de que Machiavelli está pidiendo ayuda a un poderoso y que, por lo mismo, habrá de tener sumo cuidado en el regalo que desea obsequiar para que aquél voltee su mirada con beneplácito hacia él.

Por su parte, las circunstancias que rodean el nacimiento de los *Discorsi* son muy distintos a los del *De Principatibus*. Para corroborar esta afirmación no necesitamos ir muy lejos, pues en la misma dedicatoria de los *Discorsi* se patentiza que es una obra nacida, no por la necesidad de mejorar su situación, sino por la amistad debida a dos conocidos suyos, a quienes de hecho responsabiliza por la paternidad de la obra, pues, explica, que de no haber mediado su petición para que él escribiera todo lo que entre ellos discurrían y lo que él sabía sobre las repúblicas (o la libertad), sus *Discorsi* jamás hubieran visto la luz. Nosotros pensamos que al dedicar una obra a unos amigos con no otro interés o con ninguna otra finalidad que la de engrandecer la amistad misma, el autor no tiene por qué cuidarse de “agradar” con su obsequio a quien lo dedica, antes bien, habrá de escribir con la mayor sinceridad que ameriten el caso y el tema, a diferencia de si lo estuviera dedicando a un poderoso que no conoce y para quien, además, tiene fama de ser un “posible enemigo” (como Machiavelli lo era en el caso de Lorenzo de Médicis).

Aunque es evidente que en estas circunstancias los *Discorsi* son menos herméticos que el *De Principatibus*, requerimos señalar enfáticamente que no por eso los *Discorsi* dejarán de ser oscuros y complicados para aquél que desee adentrarse en el pensamiento maquiavélico, pues podemos mostrar aun los siguientes problemas: primero, si los *Discorsi* fueran menos oscuros y complicados que el *De Principatibus* mismo, ¿por qué desde el título de ambas obras, los *Discorsi* presentan mayor grado de hermeticidad? Segundo, si los *Discorsi* fueran menos oscuros y complicados respecto a aquella otra obra ¿por qué tienen tres subdivisiones con ciento cuarenta y dos capítulos entre todas? Y más aún, tercero, no podemos pensar que los *Discorsi* sean menos complicados y oscuros que el *De Principatibus* porque aquéllos surgieron en una serie de reuniones llevadas a cabo durante varios años entre amigos que sabían y conocían de lo que se estaba hablando, entre amigos que conocían las causas o fundamentos de este o aquel argumento, etcétera.

No obstante estas consideraciones, hemos decidido emplear los *Discorsi* para el acercamiento al pensamiento maquiavélico sobre la historia en relación con el conocimiento de la política porque cada uno de los problemas contiene una solución suficiente, aunque también sumamente compleja. Cabe

señalar que esta decisión encuentra su razón al pensar y suponer —por lo que anteriormente se ha expuesto— que ambas obras nos presentarían los mismos problemas, pero en el *De Principatibus* se nos presentaría uno más complicado: que al ser escrito, no debido a una serie de reflexiones dialogadas (como lo fueron la mayoría de los capítulos de sus *Discorsi*), sino a una serie de reflexiones solitarias e individuales, las cuales en su mayoría son sumamente sintéticas, los argumentos del *De Principatibus* se nos presentan lógicamente como menos explícitos por no haber nacido en un diálogo, por el arte del saber escuchar y del saber hablar que previene a cualquier escrito de innumerables “errores” o “faltas”, sobre todo, las que hacen que un trabajo sea muy oscuro —debido a los supuestos que éste puede encerrar.

Con lo anterior, podemos señalar que los escritos maquiavélicos son herméticos y que requieren, por tanto, un estudio profundo que nos permita adentrarnos en su pensamiento, pero además, que comparando el *De Principatibus* y los *Discorsi*, éstos son los que se nos aparecen con menos complicaciones herméticas, con lo que consideramos que lo más adecuado es acercarnos a ellos para el estudio principal de nuestro ensayo. A través del estudio de sus *Discorsi* podremos llegar a la concepción maquiavélica de la historia que se

vincula de manera directa con su entendimiento de lo que es la política. Señalando una causa más que justifica nuestra elección, es que en los *Discorsi* Machiavelli está dándonos un ejemplo claro y extenso de lo que él considera es la “utilidad” obtenida por el estudio de la historia, pues en ellos discurrirá, según su título, sobre una obra de un historiador romano a quien Machiavelli, seguramente, tenía en alta estima. Machiavelli, en sus *Discorsi*, realiza una hermenéutica especial de las *Décadas de la Historia Romana* de Tito Livio.

II

En ninguno de los ciento cuarenta y dos capítulos de los *Discorsi*, Machiavelli expone abiertamente, a la manera de una “definición”, su concepción de la historia; tampoco en su “Dedicatoria”, ni en las dos versiones que se conocen de su “Proemio”. No obstante, no existe un solo pasaje en todos sus *Discorsi* donde no se haga una alusión a ella o no la emplee.⁷ Con todo, estamos persuadidos de continuar nuestro trabajo de búsqueda basándonos en los *Discorsi*, pues si bien es cierto que jamás expone su concepción de la historia, también es cierto que no se necesita de una “definición” clara para entender un concepto, o por lo menos, el que no exista tal definición en la obra de algún pensador, no significa que no podamos

acercarnos a la concepción de la misma. Mas ahora queda la pregunta: ¿Cómo nos acercaremos a la concepción maquiavélica de la historia?

La pregunta anterior encuentra una respuesta a través de varios momentos del discurrir maquiavélico. Así, tenemos en un principio las alusiones evidentes que nuestro autor hace de la historia y su estudio; después, las referencias implícitas; y por último, el uso que hace de la historia en la totalidad de su obra. A continuación nos abocaremos al primer y al tercer modos como Machiavelli se refiere o emplea su concepción de la historia. Omitimos el análisis de las referencias implícitas porque tenemos el material para trabajar con datos más claros.

Tanto en la "Dedicatoria" como en el "Proemio" de los *Discorsi*, Machiavelli presenta el "preludio" de su concepción explícita de la historia. Machiavelli señala en su "Dedicatoria" que en esta obra él ha expresado todo cuanto sabe y ha aprendido, por una larga práctica y una continua enseñanza, de las cosas del mundo.⁸ ¿Cómo llegó a saber tanto de las "cosas del mundo"? El propio Machiavelli señala dos caminos: una larga práctica y una continua lección o enseñanza de las "cosas del mundo". Evidentemente, la "larga práctica" la obtuvo durante toda su vida en que fue ciudadano y durante los quince largos años que desempeñó trabajos diplomá-

ticos para su ciudad,⁹ y quizás sea ésta la razón del título tan extenso de sus *Discorsi*, pues en él se señala a sí mismo como "ciudadano y *secretario* florentino". Con estas dos características, Machiavelli obtuvo la experiencia de cualquier hombre libre que pertenece a una ciudad (como ciudadano), pero además, obtuvo otras experiencias diferentes a las de cualquier ciudadano, obtuvo experiencias políticas importantes y, por tanto, más elevadas que las de cualquier simple ciudadano. Sin embargo, su sapiencia no la consiguió únicamente por el camino empírico de la Secretaría florentina y de la simple ciudadanía, sino que aunó a este conocimiento el de las lecciones o enseñanzas que se pueden obtener de un examen de la historia.

¿Por qué de la historia? Porque la historia trata, precisamente, de las cosas del mundo, del mundo humano, concebible e inteligible únicamente por la razón humana, sobre la base de unos hechos y de una interpretación completamente humanas. El ejemplo más claro de estas lecciones lo encontramos en sus *Discorsi*, pues es aquí donde Machiavelli trata o expone su interpretación de una obra histórica antigua y en ella discurre con ejemplos de la antigüedad, no sólo de la República o el Imperio romano, sino también, de los galos, árabes y hebreos, así como con ejemplos franceses, españoles e italia-

nos de su modernidad. La consideración de esta peculiaridad es importante porque en cuanto anuncia que sus *Discorsi* versarán sobre la historia —específicamente— de las *Décadas* de Tito Livio, pero en el desarrollo de su discurso nos presenta su consideración no sólo de esa historia particular; parecería que estuviera forzándonos a penetrar no en la comprensión de esa historia específica, sino en una más general o más universal que la que se refiere a un único pueblo o a una sola cultura.

En esta “Dedicatoria”, por tanto, Machiavelli hace explícita su concepción de la historia, la cual consiste en una utilidad muy peculiar: obtener conocimientos de las cosas del mundo. ¿Tiene alguna otra finalidad el obtener esta sapiencia, al margen de la de satisfacer el simple deseo natural por conocer qué le es propio al hombre? Parece que la respuesta la encontramos en la primera redacción del “Proemio” y es muy compleja, pues ahí señala que si su examen de la historia de Tito Livio presenta muchas carencias debido, sobre todo, a su pobreza de ingenio, su escasa experiencia de las cosas de su tiempo y las débiles noticias que de las antiguas tiene, también dice que su examen de la historia...

“dará al menos el camino a alguno que con más virtud, más discurso y juicio, podrá satisfacer esta intención mía;...”(59[55]).

La finalidad que puede apreciarse en esta cita del “Proemio” a sus *Discorsi* se vuelve más compleja para el lector cuidadoso ya que Machiavelli está invitando propositivamente a todos sus lectores a que terminen o lleven a cabo aquello que él inició con su obra. Si bien es cierto que lo que él inició en sus *Discorsi* es un estudio minucioso de la historia de Tito Livio (aunque la obra de Tito Livio sea sólo el pretexto para estudiar la Historia del hombre), en su “Proemio” postula que su obra está “inacabada” en la medida que su “intención” puede ser realizada por una persona de mayor ingenio, discurso y juicio (características que difícilmente se pueden igualar en un ingenio de la talla de Machiavelli, y cuanto más, de superar); sin embargo, yo considero que aun cuando no se iguale la agudeza maquiavélica, algún estudioso puede “continuar” su obra en tanto continúe su estudio del hombre a través de las lecciones que de su historia se pueden obtener. A continuación iniciaremos la búsqueda de los vestigios de la concepción maquiavélica de la historia en sus *Discorsi sopra la “Prima Deca” di Tito Livio*.

Tal como señalamos en el inicio de esta sección, no encontramos en todos los *Discorsi* una concepción definitiva de la historia y, no obstante, en toda la obra no existe un solo capítulo en el que no se haga mención de un hecho histó-

rico, sea éste antiguo o moderno. Esta situación la entendemos como el hecho de que en la totalidad de los *Discorsi* su autor nos presenta encubiertamente, mientras la emplea, su concepción de la historia. Para comprobar este juicio podríamos considerar, entonces, cualquier capítulo de los *Discorsi*. Sin embargo, para acercarnos a la concepción maquiavélica de la historia con mayor exactitud y claridad, abocaremos nuestro estudio a aquel grupo de capítulos en los que Machiavelli haga evidente que el objeto de su discurrir será, precisamente, algún tema relacionado con la historia. Los capítulos de los *Discorsi* que versan específicamente sobre este tema son, entre todos, los siguientes:

Del Primer Libro:

XXXIX: "En diversos pueblos se ven frecuentemente los mismos sucesos".

XL: "De la creación del decenvirato en Roma y de lo que se debe notar en ella: donde se considera, entre otras cosas, cómo un mismo suceso puede salvar o perder una república".

Y del Tercer Libro:

XXI: "Por qué Aníbal, procediendo de distinto modo que Escipión fue tan victorioso en Italia como éste en España".

XXII: "De cómo alcanzaron igual gloria Manlio Torcuato con su severidad, y con su humanidad Valerio Corvino".

Los cuatro capítulos recién señalados versan sobre cómo han sucedido idénticos "accidentes" en diversos pue-

blos, del mismo modo que un idéntico suceso puede hacer que se pierda o se salve un régimen, o cómo por diferentes caminos se llega al mismo fin. En todas estas relaciones, Machiavelli, a través de la interpretación que él hace de la Historia, presenta a sus lectores su propia opinión respecto de lo que él considera como la causa o la razón de por qué, por ejemplo, un mismo suceso puede salvar o perder una república. La explicación que él proporciona acerca de lo que considera es la causa de que un mismo suceso puede salvar o perder una república es, precisamente, la importancia que tiene el estudio de la historia en relación con la política, y la utilidad que a ésta le puede otorgar el estudio de la historia.

En suma, los tres capítulos finales de esta tétrada versan en general sobre dos puntos de vista de un mismo hecho:

- a. Cómo un mismo suceso puede salvar y perder a una república, y
- b. Cómo por vías opuestas se obtiene el mismo final: la victoria en la empresa.

Ambos puntos de vista presentan una escisión de términos opuestos: en el primero, los opuestos son salvar o perder una república, es decir, salir victorioso en una empresa o fracasar en ella; mas permanece la constante de un suceso idéntico en ambos casos. En el segundo punto de vista los opuestos son los modos de ser de los capitanes (crue-

les o piadosos, severos o humanitarios), quedando siempre la constante de un idéntico final en la empresa acometida: ambos encontraron la victoria en la guerra teniendo, los dos, igual gloria, pero también, similar desdicha después de su gloria.

En el primer punto de vista (que trata de cómo un mismo suceso puede salvar o perder una república¹⁰), Machiavelli interpreta el Tercer Libro de las *Décadas de la Historia Romana* de Tito Livio y muestra, aunque no tan claramente, cómo un mismo suceso en diferentes repúblicas puede llevarlas a su ruina o a su salvación. El mismo suceso puede considerarse, en general, como el intento de consolidación de las leyes que Solón otorgó a Atenas y que los romanos deseaban seguir porque con ellas garantizarían la libertad de su república, pero hubo varios factores que impidieron se obtuviera en Roma el mismo resultado que en Grecia. El primero, que la época de Roma cuando fueron llevadas las leyes de Solón, era propicia para el desarrollo de la tiranía, pues en ella reinaban dos fines que, al no conciliarse, traen consigo inmediatamente la tiranía; estos fines son: "el gran deseo de libertad en el pueblo y el gran deseo de mando en la nobleza". El segundo, donde emerge en el campo político un hombre que parece podía defender al pueblo y que contrariaba los intereses de la nobleza, obteniendo

con esto el favor del pueblo en el momento inicial de su búsqueda del poder. Y tercero, que ese hombre era Apio Claudio, "hombre sagaz y turbulento".

Lo que hace la diferencia entre la perdición y la salvación de una república es, sencillamente: que las repúblicas en cuestión son la de Atenas y la de Roma, con todo lo que esta diferencia trae consigo. Y lo que hace la diferencia más compleja son los ánimos de Solón y de Apio: el primero era prudente y sabio y el segundo fue soberbio y, "turbulento".

En el segundo punto de vista (que trata de cómo por vías opuestas se llega al mismo final), tenemos una división más:

- a. La que estudia la relación del modo de ser de un capitán con la ciudad a la que llega (III, xxi) y
- b. La que estudia únicamente el modo de ser del capitán en relación con su ejército (III, xxii).

La división que aquí tenemos se explica únicamente mediante la diferencia de las ciudades a las que se enfrenta cada capitán. Parece que en la primera visión es importante que, en el caso de Aníbal, éste haya invadido a Italia y no a otra ciudad; y en el de Escipión, también es importante que haya entrado a España y no a alguna otra ciudad. Para el otro par (Manlio y Valerio), parece que lo más importante es su modo de ser, mismo que explica, de alguna ma-

nera, las decisiones que tomaron frente a sus empresas particulares, pues de ellos se dice que “hubo en Roma al mismo tiempo dos excelentes capitanes”, dando a entender con esto que les tocó vivir la misma situación (el mismo tiempo) en la misma ciudad (en el mismo lugar o espacio), por lo que entendemos que lo que debemos estudiar es su carácter, que aunque diferente les llevó al mismo fin.

En la división que estudia la relación del modo de ser de un capitán con la ciudad a la que llega, tenemos un Aníbal cruel que invade a Italia y un Escipión piadoso que entra en España. Según la interpretación maquiavélica de esta historia, señala que aquél fue favorecido por el azar pues todas las ciudades italianas se rebelaron a su favor en cuanto invadió sus territorios, pues estaban cansados de su situación política, mientras que cuando Escipión entró en España, se ganó el favor de sus habitantes por su bondad y su carácter humanitario. Sin embargo, Machiavelli señala, asimismo, las desdichas que se pueden seguir por actuar conforme al carácter de Aníbal y Escipión. A Escipión se le rebelaron sus soldados por no temerle y, para reprimirles, tuvo que emplear el rigor que tanto repugnaba. Y a Aníbal, a quien jamás sus ejércitos se le rebelaron por su crueldad y falsedad, nunca le perdonaron los romanos estas mismas características y así fue que aun desar-

mado y expatriado le persiguieron hasta que él mismo se suicidó.

La presentación que hace Machiavelli de las historias centrales de los capítulos con los que estamos trabajando (XL del Primer Libro y XXI-XXII del Tercer Libro), cuyos personajes, en orden de aparición en el mismo discurso son: Solón-Apio, Aníbal-Escipión y Manlio-Valerio, siempre tiene una carencia que sólo puede ser enmendada en tanto que se compare su discurso con el de Tito Livio. En el capítulo que trata sobre “cómo un mismo suceso puede salvar o perder una república”, Machiavelli interpreta un pasaje del Libro Tercero de las *Décadas de la Historia Romana*¹¹ señalando con cierto énfasis que Solón era prudente y Apio no sólo era turbulento, sino también soberbio (además de la distinción espacio-temporal entre un suceso y otro). En el capítulo que trata sobre “cómo caminos opuestos llevan al mismo fin en diferentes lugares”, Machiavelli interpreta un pasaje del Libro Trigésimonoeno de las *Décadas de la Historia Romana*,¹² y aunque la fortuna ocupa un lugar importante en la obtención del fin último (que es la victoria en las empresas acometidas), también Machiavelli le da importancia al modo de ser de los dos capitanes que llegan al pináculo de gloria a través de diferentes vías: Aníbal era cruel y violento, en tanto que Escipión era piadoso y humani-

tario. En el capítulo que trata sobre “cómo caminos opuestos llevan al mismo fin en el mismo lugar”, Machiavelli interpreta un pasaje del Libro Séptimo del de Tito Livio¹³ y nuevamente insiste en la diferencia entre la severidad (Manlio) y la humanidad (Valerio).

Como es fácil observar, en los capítulos de los *Discorsi* de Machiavelli que hemos mencionado últimamente, sin excepción, presentan una constante: todos ellos nos hablan, además de la importancia de la fortuna para acometer grandes empresas (sobre todo I, XL y III, XXI), del ánimo prudente, turbulento, soberbio, piadoso, cruel o humanitario que cada uno de los seis grandes hombres de los que Machiavelli se ha ocupado, tienen. La conjunción de los capítulos I, XL, III, XXI y XXII conducen a su lector al estudio de la naturaleza humana, pues la *presentación* de las diversas características posibles del alma humana en el discurso maquiavélico apoyado en la interpretación que hace del de Tito Livio es, a su vez, una *representación mimética* del mundo ordenado en los términos del “poeta” Tito Livio. Puede corroborarse esta afirmación con la comparación entre los discursos maquiavélicos y la obra liviana que mencionábamos anteriormente. Así, por ejemplo, cuando Machiavelli se refiere a cómo obtuvo Escipión la victoria en España únicamente señala su piedad y sus sentimientos humanitarios con los

que “conquistó inmediatamente la amistad de aquella provincia, haciéndose amar y admirar de sus habitantes”. Posteriormente, añade, para hacer entendible cómo por una forma de ser se puede ganar la benevolencia de todo un pueblo, que lo que permite a distintos procedimientos producir idénticos efectos son dos cuestiones de la naturaleza humana:

1. El deseo natural en los hombres por las novedades (III, xxi, 6: “...gli uomini sono desiderosi di cose nuove...”) y
2. Que a los hombres les excitan principalmente dos afectos: el amor y el miedo (III, xxi, 8: “...gli uomini sono spinti da due cose principali, o dallo amore o dal timore;...”).

Considerando lo anterior, Machiavelli desea explicar la victoria de Escipión a través de la avidez natural que el hombre tiene por las novedades, así como también, por la consideración de las dos afecciones principales que también, a sus ojos, el hombre tiene y que son, a saber, el amor y el temor. Estas consideraciones son importantes porque con la primera nuestro autor justifica la aceptación de los habitantes de España hacia la persona de Escipión, ya que por su situación prefieren intentar un cambio que probablemente les traerá beneficios. Con la segunda, Machiavelli explica cuál fue el motivo por el cual el pueblo de España le abrió sus puertas, que no es otro que el de haberse ganado

primeramente las de su corazón por causa de su humanidad.

Pero del mismo modo que estas cuestiones de la naturaleza humana explican, por ejemplo, la victoria de Escipión, también deben explicar su desdicha, y de hecho también se logra con la siguiente comparación y complementación. En III, xxi, 15 de los *Discorsi*, Machiavelli señala que “a Escipión se le rebelaron sus soldados en España con parte de sus aliados a causa de no temerle... y para reprimirles tuvo que emplear el rigor, que tanto repugnaba”. En 28, 24 de las *Décadas*,¹⁴ Tito Livio expone con mayor claridad que lo que Machiavelli únicamente señala, pues quizás los hombres de Escipión “dejaron de temerle” porque pensaron que había muerto por razón de la enfermedad que contrajo, pero que se extendió más por la boca del pueblo que por el cuerpo de Escipión hasta conducirlo a la misma muerte. Aprovechando que Escipión verdaderamente no aparecía ante su gente, dos aliados (Mandonio e Indibilis) intentaron apoderarse de España violando ellos sus juramentos, y el ejército, sus deberes. Los romanos del campamento de Sucrona participaron también de este extravío. Con dos soldados de muy baja alcurnia (Albio Caleno y Atrio Umbro) como jefes de la revuelta, crecían los furios del ejército siguiendo únicamente como regla el capricho y la licencia del soldado (pecu-

liaridades, también, de la naturaleza humana), pero todo esto sólo es explicable en tanto que se conoce que les cegaba la falsa noticia de la muerte de Escipión, pues los hombres son amantes de las novedades. Con el regreso de Escipión al campo, los sublevados temieron, pero éste les hizo creer que entendía que su actitud se debía más a una ceguera o inconsciencia común que a un acto conciente y premeditado por lo que les invitaba a cobrar su paga en Cartagena. Teniendo a la mano a todos los sublevados (y perfectamente rodeados), Escipión pronunció una larga arenga en contra de los sublevados y en pro de Roma; apenas terminado su discurso mandó llamar a aquellos a quienes su Consejo había condenado, llevando a cabo su intención sin dilatación alguna, señalando Tito Livio que “así terminó la sedición que estalló en el campamento de Sucrona”.

Todo este extenso pasaje de las *Décadas de la Historia Romana* de Tito Livio que hemos presentado sintéticamente y que señala que a Escipión se le rebelaron sus aliados a causa de “no temerle”, Machiavelli lo condensa con la frase que explica la causa del no temor de los hombres: éstos “son tan inquietos que, a poco que se les facilite realizar sus ambiciones, inmediatamente olvidan el afecto inspirado por la bondad del príncipe”. Con esto, entra en juego otra cuestión que fortifica la

idea de que su estudio sobre cómo un mismo suceso puede salvar o perder una república y cómo por diversos caminos se llega al mismo fin es un estudio, finalmente, sobre la naturaleza humana, pues también, "la realización de las ambiciones personales" puede considerarse como una de las características fundamentales de la naturaleza humana.

El orden de estos capítulos de los *Discorsi* de Machiavelli que llevan a su lector al estudio de la naturaleza humana, tienen una guía o un eje conductor que posibilita la utilidad de la historia y su estudio en relación con la política y la práctica. El eje conductor del que hablamos se encuentra antes de este conjunto de capítulos en el que nos hemos detenido; precisamente, es el capítulo que irrumpe en el discurso maquiavélico con este tema que relaciona sucesos históricos idénticos con diferente final, o diferentes sucesos con un mismo fin; el capítulo que ahora dirigirá las siguientes reflexiones es el XXXIX del Primer Libro, que desde su título muestra la fuerza de su contenido para nuestra investigación: "En diversos pueblos se ven frecuentemente idénticos sucesos".

Este capítulo está dividido esencialmente en dos partes fundamentales: la que expone la concepción maquiavélica (de la utilidad del estudio) de la historia, y la que presenta un ejemplo de

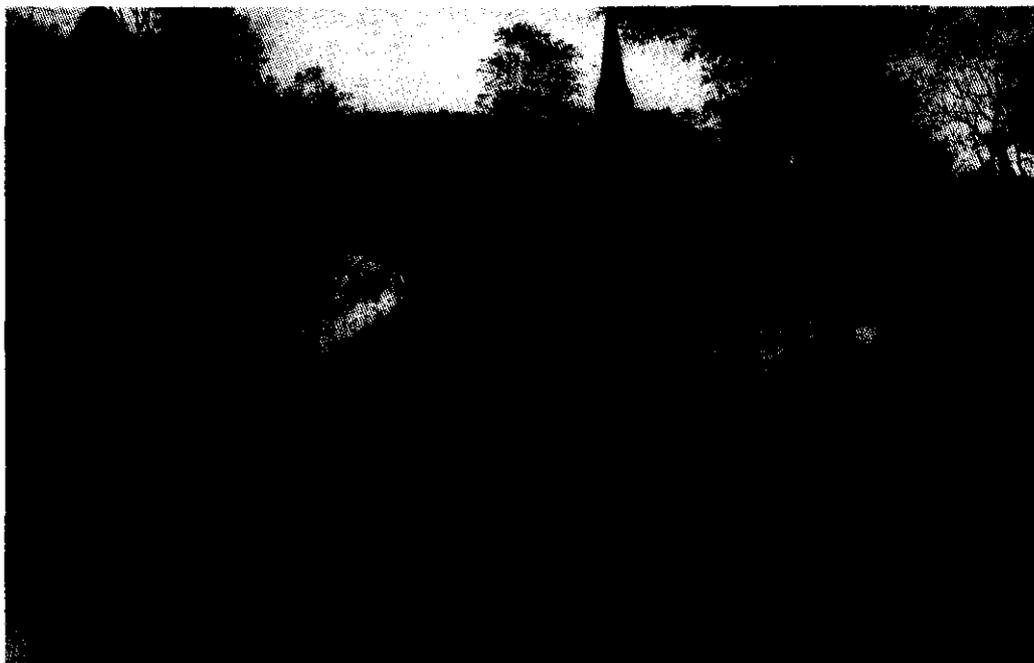
cómo se puede emplear esta nueva concepción de la historia. La parte que muestra el ejemplo está ubicada en el segundo párrafo de los dos que conforman este capítulo, si bien es el más extenso. En ella, Machiavelli hace una comparación (casi al estilo de las de Plutarco), donde los personajes son las ciudades de Florencia y de Roma. De ambas ciudades señala que el descontento del pueblo aumentaba en contra de un consejo de diez ciudadanos (en Florencia, llamados "Dieci della guerra") y de los cónsules (en Roma) por razón de que la guerra no terminaba y su costo iba en aumento junto con los tributos que, a su vez, ocasionaban infinitas quejas del pueblo. Este descontento dio origen al odio del pueblo en contra de los "Diez de la guerra" florentinos y los cónsules romanos, pues creía que ellos eran la causa de la guerra. Para terminar con el problema el pueblo eliminó al consejo florentino e intentó desaparecer a los cónsules romanos, por lo menos intentó limitar su poder de modo que no tuvieran autoridad sobre el pueblo. Esta resolución, tanto para Florencia como para Roma, tuvo consecuencias no deseadas e inesperadas: en ambos casos la determinación fue perniciosa pues no sólo continuó la guerra, contra la creencia del pueblo, sino que aumentó el desorden; en el caso de Florencia, al perder Pisa, Arezzo y otras muchas poblaciones, y en el

caso de Roma, cuando la nobleza empezó a odiar tal determinación porque le parecía que la majestad del imperio iba a desaparecer puesto que no quedaría para los nobles ningún rango político en la república.¹⁵ En ambos casos, Machiavelli señala que cuando el pueblo advirtió su error (por “haber prescindido de los que con prudencia dirigen la guerra”, I, xxxix, 7) después de largo tiempo en esta situación, los romanos restablecieron a los cónsules, como los florentinos al Consejo de los Diez.

Si se lee con atención esta segunda parte del capítulo xxxix del Primer Libro de los *Discorsi* maquiavélicos tenemos una doble consideración que nos remite al estudio de la naturaleza humana. La primera —y evidentísima— es la que nos presenta Machiavelli al considerar el mismo error en dos pueblos diferentes en épocas también diferentes y que consistió en despojar de la autoridad a las únicas personas que poseían la virtud de llevar una guerra a la victoria (sean los “Dieci” o los cónsules) por la única razón de que el pueblo ya estaba cansado y, quizás, harto, de la guerra constante (con todas sus penas y sus gastos), o con otras palabras, por el deseo natural que tiene el hombre por las novedades cuando éstas parecen beneficiarle. Sin embargo, al darse cuenta de su gran error, inmediatamente devolvió la autoridad a los capaces

para llevar a buen término una guerra (con todo y las fatigas y los gastos que esto representaba). Asimismo, esta comparación nos remite al capítulo vigésimo segundo del Segundo Libro de los *Discorsi*, pues en su mismo título nos presenta con gran evidencia el tema que se trata en los ejemplos comparados (Floren-cia-Roma). El título de este otro capítulo dice: “Cuán erróneas son la mayoría de las veces las opiniones de los hombres al juzgar las cosas grandes”, siendo este capítulo el único donde Machiavelli ataca desde su principio a la “opinión de los hombres”, entendiendo “hombres” como “pueblo”, “vulgo” o “la mayoría” y en su desarrollo se puede observar cómo nuestra consideración no es errónea.

La segunda consideración que podemos hacer para mostrar que la segunda parte del capítulo xxxix de la Primera Parte de los *Discorsi* trata también de la naturaleza humana (aunque tácitamente) es la que se deja ver por la mera comparación. El escritor antiguo que ha sido inmortalizado por sus comparaciones entre los griegos y los romanos es Plutarco. Machiavelli habla sólo una vez en todos sus *Discorsi* refiriéndose a Plutarco con los siguientes términos: “gravissimo scrittore” (*Discorsi*, II, i, 2), mismos que ni a Tito Livio le confiere. En el desarrollo de este otro capítulo, Machiavelli intenta oponer su juicio contra los de los antiguos señalando que ellos



La parábola de los ciegos, Pieter Brueghel "El Viejo".

están en un error al considerar como causa de la grandeza de Roma a la fortuna más que al valor. Al oponerse, Machiavelli coloca como eje principal de la grandeza de Roma al valor del pueblo romano (si bien sirviéndose de la buena fortuna). El análisis de la importancia del valor del pueblo romano nuevamente nos coloca ante una parte de la complejidad de la naturaleza humana.

En suma, la segunda parte del capítulo xxxix del Primer Libro de los *Discorsi* que trata sobre la comparación de dos sucesos idénticos en diferentes pueblos, muestra la constancia del pueblo

para decidir sobre los asuntos de mayor importancia: la visión del pueblo es errónea porque se deja guiar por las innovaciones, el temor o el amor. Estas consideraciones, todas ellas, nos remiten invariablemente al estudio de la naturaleza humana. Veamos qué nos dice al respecto la primera parte de este mismo capítulo:

<2> El que estudia las cosas presentes y las antiguas verá fácilmente que en todas las ciudades y en todos los pueblos existen y han existido siempre los mismos deseos y las mismas pasiones; <3> de suerte que es una cosa fácil para quien examina cuidadosamente las cosas pasa-

das, prever los eventos futuros en una república y aplicar los remedios que fueron empleados por los antiguos o, si no pueden encontrarse remedios antiguos, imaginar nuevos por la semejanza de los eventos. < 4 > Pero estas consideraciones se descuidan o no las entienden quienes las leen, o si son entendidas permanecen desconocidas para quien gobierna, el resultado es que los mismos problemas siempre existen en todos los tiempos. (*Discorsi*, I, xxxiv).

He aquí la propuesta maquiavélica de su concepción de la historia en torno al beneficio que puede otorgarle a quien gobierna, es decir, a la política. Analíticamente, podemos señalar los sujetos gramaticales a quienes se refiere este párrafo:

Primero: "El que estudia las cosas..." se refiere al estudioso de la historia antigua y contemporánea.

Segundo: "... para quien examina diligentemente las cosas pasadas..." puede ser referido a un estudioso del grupo anterior, pero que estudia cuidadosamente las cosas antiguas, *i.e.*, no cualquier estudioso de la historia.

Tercero: el descuido de estos estudios "cuidadosos" de la historia es una constante surgida en todos los tiempos, pues tenemos:

- a) Los lectores que realizan estos estudios no suelen sacar sus consecuencias y
- b) Si se da el caso de que llegan a sacar-

las, estos lectores no son gobernantes y como no está en sus manos el cambiar de rumbo la historia, tenemos como...

Conclusión: que el problema continúa.

La primera idea del párrafo citado nos muestra una constante en el género humano: siempre han existido los mismos deseos y las mismas pasiones. La segunda idea, añade lo siguiente a la anterior: un estudio cuidadoso de la historia nos permite conocer cuáles son los deseos y las pasiones que guían al género humano a través de su historia, lo cual nos permite prever algunas situaciones que pueden aparecer en el futuro del régimen en el que nos encontremos —debido al conocimiento "diligente" que tenemos de las cosas presentes y pasadas—, pero este conocimiento ya se dirige notoriamente al conocimiento del hombre, al conocimiento de su naturaleza que posibilita al "estudioso diligente" conocer al hombre y lo que éste desea en cualquier situación histórica real. Este conocimiento, obviamente, permite adecuarse a las circunstancias anticipándose al problema. Sin embargo, la tercera idea de este párrafo señala irónica, a la par que paradójicamente, cómo el descuido de estos estudios de la historia es lo que impide que los mismos disturbios cesen por completo en todas las épocas.

En suma, podemos señalar que Machiavelli considera que el estudio cuida-

doso de la historia nos lleva irremisiblemente al conocimiento de la naturaleza humana y, con cierto grado de probabilidad, este conocimiento puede otorgar a un hombre la previsión de algunos disturbios o males cercanos a su realidad política, mismos que pueden ser eliminados con las medicinas que los antiguos emplearon, y si no las emplearon debido a que no las habían inventado, inventarlas él mismo ya que conoce los móviles que las impulsan porque conoce la naturaleza humana. En este sentido, el estudio de la historia para beneficio de la política es sumamente importante, pues ella otorga a los grandes hombres (es decir, a quienes deberían gobernar por causa de su propia "virtud") los instrumentos necesarios para combatir un evento histórico desde sus raíces, esto es, desde el conocimiento del hombre mismo. El "maquiavelismo" de Macchiavelli, cuando ya ha sido desentrañado, nos muestra con claridad la pertinencia de la hermenéutica clásica por ser la única capaz de presentar una comprensión plena, aunque no acabada, de la naturaleza del hombre y de su estudio.

NOTAS

1 *Epistolario (1512-1527) de Nicolás Maquiavelo*, ed. y trad. Stella Mastrangelo, México, FCE, 1990, p.234. Esta afirmación recién citada nos lleva a un problema de interpretación muy complejo. No es mi intención exponerlo aquí detalladamente, pero lo reduciré en los

siguientes términos: frente a tal afirmación ¿dónde se encontrará la verdad? El desarrollo de nuestro trabajo muestra implícitamente cómo fue interpretada esta "afirmación maquiavélica".

- 2 *Discursos sobre la "Primera Década" de Tito Livio*, de Nicolás Maquiavelo, en *Obras Políticas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1971, 373 pp. En este mismo libro se encuentra la traducción de *El Príncipe*. Las ediciones italianas con las que trabajé son: *Discorsi sopra la "Prima Deca" di Tito Livio*, Milán, Biblioteca Universali Rizzoli, 1984, 685 pp. Y de *Il Principe*, Milán, BUR, 1990, 220 pp. En lo sucesivo me referiré a estas ediciones citando entre paréntesis el número de la página de la traducción y después, entre corchetes el número de la página del texto italiano. De esta manera, los datos de la presente, son: (102,[120-1]).
- 3 Leo Strauss, "Machiavelli" en *History of Political Philosophy*, Chicago, The University of Chicago Press, 1987, pp. 296-317, especialmente entre las páginas 311-3.
- 4 Maquiavelo, *Discursos*, (57,[53]), y *El Príncipe*, (303,[83]).
- 5 "Cronología de Nicolás Maquiavelo" en *Epistolario*, ed. Stella Mastrangelo, México, FCE, 1990, pp. 7-64.
- 6 Existe una carta de Machiavelli a su amigo Francesco Vettori donde se hace evidente esta situación; en ella patentiza su temor de "volverse despreciable por la pobreza" y, entre otras cosas, señala su deseo de que los Médici le empleen, "aunque en el comienzo empezarán por hacerle rodar piedras". Esta carta es del día 10 de diciembre de 1513. *Ibidem*, p.139.
- 7 El pasaje menos críptico que conozco en el que Machiavelli muestra su concepción de la historia es el que se encuentra en su libro donde explícitamente trata de una historia cuyo título es *Historia de Florencia*; en su

"Prefacio" señala que (el estudio y el conocimiento de) la historia es útil para aquellos ciudadanos que gobiernan repúblicas al demostrar "las causas de las discusiones y facciones de una ciudad, con la finalidad de que esos hombres preserven su unidad a través de la sabiduría que se obtiene de los padecimientos de otros" [*History of Florence*, en "The Portable Machiavelli", Tennessee, Penguin Books, p.553. (Todas las traducciones son mías siempre que no se indique otra cosa). En esta misma obra, pero en el Libro V, capítulo I, después de hablar de la grandeza de los antiguos y compararla con la bajeza de su tiempo señalando que esta situación (ejércitos italianos débiles y mal administrados) será la causa de que los bárbaros sean dueños de Italia por completo, señala: [ante este problema,] "...quizás no sea menos útil una familiaridad con la historia antigua, pues si nuestro mundo gastado incita a las mentes nobles a la imitación de la historia antigua ésta demostrará qué es lo que hay que evitar o suprimir." [op.cit. p.559.]

- 8 Niccolò Machiavelli, *Discorsi di Niccolò Machiavelli, cittadino e segretario fiorentino, sopra la "Prima Deca" di Tito Livio*, Milán, BUR, 1984, p.53. "Perche in quello io ho espresso quanto io so e quanto io ho imparato, per una lunga pratica e continua lezione, delle cose del mondo".
- 9 La bibliografía para corroborar lo anterior es extensísima. Sólo señalaré como base los siguientes textos:

-Skinner, Quentin. *Machiavelli*, Oxford, Oxford University Press, 1987. 101 pp.

-Maquiavelo, N. *Epistolario 1512-1527*, México, FCE, 1990. 557 pp. (Sobre todo, pp. 1-60 y la carta de Machiavelli a Francesco Vettori del 10 de diciembre de 1513, pp. 134-9).

-Maquiavelo, N. *Escritos Políticos y Vida de Castruccio Castracani*, México, UNAM (Seminario de Cultura Mexicana, Facultad de C.P. y S), 1991. 206 pp. (Sobre todo pp. 9-20).

- 10 Tito Livio, *Décadas de la Historia Romana*, (Volumen I), México, SEP, 1987. 543 pp. (Especialmente Libro III, pp. 232-261).
- 11 *Ibidem*, (Volumen V), El pasaje en cuestión es III, 35-ss; ubicado específicamente en el Primer volumen de la p. 232-261.
- 12 *Ibidem*, XXXIX, 57 (vol. IV, pp. 357-8).
- 13 *Ibidem*., VII, 5-10, (vol. I, P.-p. 492-528).
- 14 *Ibidem*., XXVIII, 24 (vol. III, pp. 181-9).
- 15 Para confrontar y corroborar la historia de Florencia a la que recurre Machiavelli en el capítulo XXXIX del Primer Libro de sus *Discorsi* se puede consultar las *Considerazioni*, de Guicciardini, y respecto a la de Roma, todo el Tercer Libro de *Las Décadas*, de Tito Livio, pero sobre todo, la novena división. El mismo Machiavelli hace mención del hecho florentino en la penúltima parte del capítulo anterior al que estamos analizando.